

Vender en la calle

miguel ángel granados chapa

Son verdaderas batallas callejeras. las tropas de uno y otro bando se conocen ya, pues han luchado varios diciembres. Se ha solidado pactar armisticios después de algunas escaramuzas. Pero mientras se llega a esa tregua, no escasea la violencia, verbal y la que magulla los cuerpos.

Es la disputa decembrina, en la ciudad de México, entre los vendedores callejeros y las autoridades de la capital federal, que actua en aplicación de la ley y en apoyo a los intereses de los comerciantes establecidos. No es, como pudiera suponerse, una lucha de clases, ya que entre quienes se oponen al comercio callejero están locatarios de mercados tan empobrecidos, o más si cabe, que muchos de quienes se colocan con sus tenderetes en las calles. Y muchos de éstos no son sino empleados de grandes establecimientos que aprovecha la ocasión para extender sus ventas hacia las aceras, más allá de sus iluminados y cálidos recintos.

El fenómeno del ambulantaje, visible en toda época en el Distrito Federal, se agudiza cada temporada navideña. La Cámara de Comercio de la Ciudad de México ofreció un cálculo paroroso. Estima que cerca de un cuarto de millón de personas se instalarán, pretenden hacerlo ya, en las calles del centro histórico de la capital federal. Se trata de un perímetro muy reducido, ~~XXX que XXX~~ y aunque por la enorme concentración de operaciones ~~XXX que XXX~~ mercantiles que allí se produce no es comparable con el resto de la ciudad, hay que imaginar que acaso medio millón de personas vive del comercio callejero en diciembre y el comienzo de enero.

Las autoridades han intentado evitarlo. Cuando tienen que rendirse ante la evidencia, procuran al menos regularlo. Pero tampoco tienen éxito en esa pretensión, porque los hechos son más fuertes que las leyes, a pesar de que la aplicación de éstas se apoye en la fuerza.

Por añadidura, el Sistema de Transporte Colectivo, el Metro, ha inaugura



do su propia batalla contra el sector de vendedores ambulantes que le corresponde, que se ubica a las afueras de sus estaciones, o aun en los pasillos de las mismas. No es la primera vez que se lanza a ese despropósito, que lo es porque está destinado al fracaso. Más cornadas da el hambre, explican los torerillos cuando se les hace ver el riesgo de muerte en que incurren en sus afanes de gloria y dinero. Algo semejante mueve a los comerciantes callejeros: es preferible resistir el embate de la autoridad que contentarse con vegetar soportando la necesidad.

El problema es complejo y, por ello, de difícil resolución. Un cierto sector de la población, el que prefiere creer que las soluciones simplistas son las mejores, se pronuncia por la erradicación total, inmisericorde, de esta actividad callejera, utilizando los recursos que fueren necesarios. Algun dirigente de la Canaco local llegó a sugerir una suerte de deportación masiva, que elimine del panorama urbano a los ambulantes. Otros, al contrario, quisieran que sin regulación alguna todos los que quisieran se entregaran afanosos a actividades mercantiles o a la prestación de servicios. Ningún extremo de estos es practicable. Es obligado, entonces, procurar un examen racional de ~~XXX~~ los ingredientes del asunto para de ese modo acercarse al~~l~~ mal menor, pues se trata de escoger no entre el bien y su contrario, sino entre males.

Ante todo, es preciso preguntarse por la causa del problema. No es, desde luego, la pura vocación por el comercio lo que llena las calles, capitalinas y de otras grandes aglomeraciones urbanas, de vendedores y prestadores de servicios. Si se llega a ese extremo, es por necesidad o por conveniencia. Es obvio que hay una correlación entre la honda de la crisis que hemos vivido hace ya casi una década, y el incremento de la economía informal, una de cuyas manifestaciones más notorias es el comercio callejero.

El desempleo causado por la crisis ha sido muy agudo y, según los expertos, sus fases más críticas apenas comienzan a advertirse, pues el virtual

desmantelamiento o sustantiva reducción de algunas ramas industriales está dejando sin trabajo a miles de personas. Aun las menos emprendedoras entre éstas tienen que asumir la decisión de buscar la vida fuera de un empleo, luego de que se cansan de buscar uno que sustituya el ingreso que dejaron de percibir al perder su plaza. Los de mayor iniciativa acaso deciden ir tras el espejismo del dólar, y correrán la aventura de los indocumentados. Pero la mayor parte tiene que escoger una solución más a la mano, que rinda provecho más inmediatamente. XX

Si se tuvo la suerte de recibir una indemnización, su monto se aplica a capitalizar un pequeño negocio, adquiriendo diversas clases de mercancía, que en la calle o el propio domicilio se ponen a la venta. No todos los desempleados pueden comenzar sus operaciones en la economía informal con esa mínima ventaja. Hay un cruel círculo vicioso de la pobreza: los más ~~XXXXXXXXXX~~ desvalidos ~~XXXXXXXXXX~~ suelen tener empleos donde no se aplica la legislación laboral o hay franca imposibilidad para cumplirla, y cuando son despedidos sólo reciben las gracias, porque, eso sí, las buenas maneras tradicionales tienden a preservarse. Y entonces, desprovistos de todo, ingresan al submundo de ese submundo que es XX comercio callejero: se convierten en trabajadores al servicio de patrones recién inaugurados como tales, sujetos a pagas exigüas y por supuesto a ningún género de prestación. No es extraño, ~~XXXXXXXXXX~~ como hemos dicho, que negocios establecidos contraten, fuera de toda norma, vendedores callejeros que expendan sobre las aceras los productos que los establecimientos tienen en su interior. De ese modo, si no pueden combatir una actividad que juzgan su enemiga, se le unen, y disminuyen con esa práctica el efecto pernicioso que, según sus cálculos, provoca el ambulantaje.

No todos los vendedores callejeros, o prestadores de otros servicios en la economía informal, XX son desempleados. También cuenta el número de trabajadores desestimulados por los bajos salarios. Sobran quienes prefieren trabajar por su cuenta que someterse a las rigideces de un empleo que, por encima

de todo, está mal remunerado. Suelen ser víctimas de una ilusión. Normalmente es correcta su apreciación sobre la ganancia que pueden obtener si se suman al comercio callejero, generalmente mayor que los salarios mínimos. Dejan de lado quienes hacen esta opción, sin embargo, el carácter aleatorio y estacional de esta forma de economía subterránea. Las ventas en la calle están sujetas a muchas variables ~~que~~ ajenas al control de sus protagonistas. Desde la incursión, fuera de programa, de las autoridades encargadas de evitar el comercio, con las que es posible "arreglarse" pero que a veces debe dar una demostración de su activismo a sus superiores, hasta las lluvias o el mal tiempo en general, todo contribuye a que la certidumbre ~~de~~ un mayor ingreso se mezcle con el carácter incierto del mercado.

De cualquier modo, allí están los vendedores. Y suman miles. Y tienen determinaciones firmes de no ser arrojados de su actividad elegida. Y se organizan, y pagan protección, con tal de tener un modo honesto de vivir. Porque, eso sí, ~~que~~ están orgullosos de haber escogido esta manera de sobrevivir pues, dicen, lo mismo hubieran podido convertirse en ladrones.

Del otro lado de la barrera, naturalmente inconformes con esa competencia desleal, los comerciantes establecidos tienen un criterio legítimo que la autoridad no puede desatender. ~~que~~ Estos agentes de la economía (como los llaman los economistas pedantes) alegan que la inversión que han hecho en sus locales, en la contratación legítima de su personal, en la compra regular de su mercancía, así como la eficaz presencia ~~de~~ fiscal en sus locales, todo eso reunido demanda niveles de utilidad que pueden ser abatidos, puertas aguera de sus establecimientos, por los ambulantes, cuyo costo de operación es mínimo y por lo tanto ofrecen precios mejores por semejante mercancía.

Las autoridades, por su parte, tienen una actitud ambigua frente a este fenómeno. Por un lado, simulan reprimirlo, y de hecho lo hacen verdaderamente, aunque quede la impresión de que eso ocurre sólo para encarecer el precio de la protección que empleados menores cobran, ya sea por su cuenta ~~de~~ o también por

la de sus superiores. Pero como el asunto no puede resolverse simplemente con procedimientos policiacos ni a través de la corrupción, se ven obligadas a practicar el diálogo y la concertación.

De ese modo surgen soluciones alternativas. La más frecuente de ellas es la reubicación y, por su propia naturaleza, es también la menos eficaz. Se trata de ofrecer a los ambulantes o callejeros instalación en sitios escogidos por el acuerdo de las partes. La solución es tan ingenua como la propuesta para evitar alcances en ~~que se den en el Metro: si lo que ocurre es que entran en colisión el~~ el Metro: si lo que ocurre es que entran en colisión el primero y el último vagón de dos convoyes, lo fácil es quitar uno y otro de cada tren. Es decir, si los callejeros se colocan en sitios donde se les quiere apartar, es porque allí se forma un mercado interesante, por la abundante circulación de preunstos clientes, o porque la tradición lleva a los buscadores de ciertas mercancías precisamente a ese lugar.

El público, en fin, tiene también una actitud ambivalente. Cuando un ciudadano no es parte del mercado callejero, como comprador, ve en ese fenómeno sólo una molestia, pues en efecto el tránsito de personas y de vehículos se complica, retrasa y enreda; o una ofensa para la idea, casi siempre idílica, de ciudad en la que quisieramos vivir. La "calcutización" de la ciudad de México es algo que disgusta o espanta a esta clase de ciudadanos. Pero no faltan, por contra, quienes se benefician de esa práctica, por comodidad (allí no hay horarios, por ejemplo) o por mejores precios, resultado de la competencia desleal a que nos hemos referido.

Vivir en la calle, vender en la calle, sobrevivir en la calle parece ser una sentencia a la que no pueden escapar los miles de personas que en esta temporada especialmente recurren al comercio ambulante. Reconocer esa realidad tiene que ser la premisa & inescusable de la que debe partir todo intento de regulación, que procure conciliar, así parezca inconciliables, los intereses de las partes en presencia, reconociendo además que fenómenos así no pueden ser por completo extirpados.